



P. 2343

Estab. de Mellado.

MADRID.
CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 3.
Y DEL PRINCIPE, NUM. 25.

Año 1.º—Num. 43.

UN MES.

Madrid 4
Provincia 3

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid 40
Provincia 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL LOBO DE GEVAUDAN.

Muchas veces hemos pensado por qué no se había escrito la historia de los lobos célebres, como está escrita la de los perros célebres. Se ha creído que no teniéndose mas que muertes, devastaciones y robos de toda especie que contar, tendría menos interés y utilidad que esta última, que hace ver con frecuencia en el admirable compañero del hombre un modelo de abnegacion, de ternura ó de heroísmo. A nuestro parecer hay equivocacion en esto: si es útil celebrar las buenas acciones con la esperanza de hacerlas imitar, no lo es menos el tratar de separarlas del crimen presentándolas bajo el colorido que inspire á la vez odio y terror al alma, cuando al interés que pueda hallarse en semejante pintura se agregue la avidez con que un gran número de lectores se divierte en todo lo que causa miedo, y devora la biografía de los mas famosos criminales y ladrones.

Los lobos han tenido tambien sus héroes de este género, que pueden marchar á la par con los de la raza humana, que en su vida pública y privada se han hecho notables por crímenes horribos, y por poco que se eche la vista sobre el título de un diccionario biográfico, se ha visto que los cazadores de ese temple tienen un sitio marcado al lado de los que han llegado á la celebridad por sus hazañas, sus talentos ó sus virtudes. Así no titubeamos en escribir la historia de los ilustres bandidos que suministra la raza de los lobos, y que si hubiese caído ésta empresa en un hombre de genio, hubiera producido una obra que le hubiera valido el sobrenombre del *Plutarco de los lobos*, y hubiese hecho de ella un monumento que nosotros tratamos únicamente de levantar con algunos materiales.

El Diario de París en tiempo de Carlos VI y de Carlos VII, hace mencion de la multiplicidad de lobos y de su malicia como de una calamidad notable entre todas las calamidades de aquella deplorable época. Aquellos animales carnívoros, acostumbrados á alimentarse con los cadáveres humanos que por los continuos asesinatos quedaban abandonados por todas partes, se habian multiplicado de una manera horrenda en las inmediaciones de París, y atacaban de preferencia á los hombres, no temiendo introducirse hasta en medio de aquella ciudad para buscar sus presas.

«En aquel tiempo, se lee en este periódico, especialmente cuando el rey estaba en París, los lobos tenían tal ansia de comer carne de hombre, de muger y de niño, que en la última semana de setiembre (1437), degollaron y se comieron catorce personas entre grandes y pequeñas, entre Montmartre y la Puerta de San Antonio, en las viñas y lagunas, y si encontraban un rebaño de ganado, asaltaban al pastor y dejaban las reses.»

La misma obra habla en seguida de un monstruoso lobo, el mas terrible de todos, llamado el *Rabon*, porque le faltaba la cola. Espareció por

todas partes el terror y la muerte. Se decía á los que iban al campo: guardaos del Rabon! Se habia adquirido una horrible reputacion. «Se hablaba, añade nuestro autor, como se habla de un ladrón de los bosques ó de un cruel capitán.» Aquel lobo fué por último muerto, y su cuerpo, paseado por París, era un objeto de curiosidad y de asombro para los habitantes.

Por terrible que hubiese sido el *Rabon*, no podia compararse con el lobo de Gevaudan, cuya aterradorá fama se ha conservado hasta el dia, sin que la mayor parte de nuestros lectores sepa

En el mes de junio de 1764, comenzó este feroz animal sus devastaciones en el bosque de Merroire á las inmediaciones de Langogne, pequeña aldea de Gevaudan. Permaneció allí tres ó cuatro meses. Devoró tres niños: recorrió en seguida muchas parroquias vecinas, donde degolló gran número de personas, y se fijó luego en la costa de San Alban, donde continuó su carnicería. Era tal el terror y la alarma que se espereció, que bien pronto corrieron sobre él las historias y cuentos mas extraordinarios. Las gentes que pretendían haberle visto de cerca, ó



El lobo de Gevaudan.

á punto fijo el conjunto de ruinas y de destrozos que hizo. La historia, que no ha desdenado consignar en sus páginas el nombre del Rabon, ha permanecido muda con motivo del lobo de Gevaudan. Pero un curioso manuscrito de la Biblioteca Real (S. 382—A.), un manuscrito que hubiese llenado de alegría al venerable Jonatan Oldembuck de Monkbarns, ha hecho de repente revivir el monstruo á nuestros ojos, y nos ha transmitido sobre el detalles que nos apresuramos á publicar, porque los creemos completamente ignorados de la generacion presente.

á quienes el miedo atrempaba desmesuradamente los objetos, hicieron de él una descripción extraordinaria. Atribuyéronle además un rugido particular enteramente diferente del de el lobo, á quien además esta descripción convenia tan poco, que muchos hombres de buen sentido, no sabiendo en qué clase colocarlo, creyeron que era una hiena que se habia escapado de la casa de fieras del rey de Cerdeña, ó de la feria de Neucaria. Mostraron otros que era un monstruo, producto de un oso y de una loba.

Escitada una vez la imaginacion popular,

se detuvo ante ningún absurdo. Ya se habían hecho muchas cacerías, pero en vano, para destruir la bestia feroz. Había desafiado la persecución de un destacamento de cincuenta dragones acompañados de mil doscientos aldeanos. Además, se aseguró que en cinco ó seis encuentros verdaderos ó falsos se le había hecho fuego á boca de jarro, sin recibir daño ninguno. No se necesitó mas para persuadir á los aldeanos de que hechizaba las armas de fuego, y que era impenetrable á las balas. En su consecuencia decidieron que la fiera era un hechicero, y hasta algunos llegaron á decir que le habían oído hablar.

Sin embargo, todos los días nuevas víctimas demostraban la presencia y la ferocidad del monstruo, que extendía entonces sus correrías por la Auvernia y la Roerga. Hacia el mes de noviembre, los sínodos de las diócesis de Mende y de Viviers, hicieron publicar y prometer cada cual una recompensa de doscientas libras al que libertase al país de aquel azote, y poco tiempo después, por una deliberación particular, los Estados de Languedoc votaron dos mil libras con el mismo objeto. Se había conocido la necesidad de resanar el decaído valor de los aldeanos: la desolación era extrema: no se encontraba pastor que quisiese llevar á pastar fuera los ganados: las gentes del campo no se atrevían á salir fuera tampoco, sino á bandadas; las ferias y los mercados se hallaban casi desiertos, y se habían interrumpido en parte las relaciones comerciales interceptadas por el terror de los mercaderes. Por último, en los primeros días del mes de febrero de 1765, espidió una pastoral el obispo de Mende, decretando oraciones públicas, y se puso el Sotísimio Sacramento en la catedral como en los tiempos de grandes calamidades.

Los andares ataques de aquella cruel bestia dieron lugar á algunas escenas de valor y de presencia de espíritu, de las que una entre otras merece ser contada, sobre todo por la juventud de sus autores. Cinco niños de la aldea de Villaret, de los que los tres de mas edad tenían apenas doce años, y los otros dos de ocho á nueve, acompañados de dos niñas de esa misma edad, se hallaban guardando ganado en lo alto de una montaña. Hallábanse armados cada uno de ellos de un palo guarnecido de una hoja de hierro puntiaguda de cuatro dedos de largo. La bestia feroz vino á sorprenderlos. No habiéndola visto sino cuando ya estaba muy cerca de ellos, se juntaron lo mas pronto posible, y se pusieron en guardia. La fiera dió dos ó tres vueltas alrededor de ellos, y por último se lanzó sobre uno de los niños mas pequeños. Al instante los otros tres cayeron sobre ella, y la pincharon muchas veces sin llegar á traspasar la piel. Sin embargo, á fuerza de atormentarla concluyeron por hacerla soltar su presa. Se retiró algunos pasos, después de haber arrancado una parte del cartillo derecho del niño, de quien al pronto se había apoderado, y se puso á comerse delante de ellos aquel trozo de carne ensangrentada. Bien pronto volvió á atacar á aquellos niños con el mismo furor: cogió por el brazo al mas chiquitín de todos, y se lo llevó en la garganta. Asustado uno de ellos propuso á los demás el huir; pero el de mas edad, que se hallaba á la cabeza de aquella pequeña tropa, exclamó que era preciso salvar á su compañero ó morir con él. Comenzaron, pues, á perseguir á su feroz enemigo, y lo arrojaron en una laguna cuyo terreno era tan movedizo, que la fiera se hundió hasta el vientre, lo que retardó su marcha y permitió á los niños el alcanzarla. Trataron de herirla con sus picas en la cabeza, y sobre todo en los ojos. Le dieron efectivamente muchos golpes en la garganta, que tenía continuamente abierta, pero no pudieron alcanzarla en los ojos. Durante el combate tenía su víctima debajo de sus pies, sin morderla, porque estaba ocupada en hacer frente á sus adversarios. En fin, tanto la hostigaron estos y con tal perseverancia é infatigable, que por segunda vez la hicieron soltar la presa; el chiquitín que había sido arrebatado no tuvo mas daño que una herida en el brazo y un ligero arañazo en el rostro. Este combate tuvo eco en toda la Francia: se concedió una gratificación por el rey á aquellos niños: los periódicos de la época celebraron á

porfia su valerosa acción, y se encontró un poeta que compuso un poema en honor y alabanza suya.

Desde aquel momento no se habló mas que del lobo de Gevaudan, de las personas que mataba ó hería continuamente, y el rey, conmovido con la alarma de las provincias de Gevaudan y de la Auvernia, mandó una recompensa de seis mil libras á la de dos mil cuatrocientas que había sido ya prometida para el que lograra libertar la comarca de aquel espantoso animal. En seguida se tomaron medidas para hacer un esfuerzo desesperado. En el mes de febrero setenta y tres parroquias de Gevaudan y treinta de la Auvernia y de Roerga, formando un cuerpo de cerca de veinte mil cazadores dirigidos por los subdelegados, los cónsules y los notables, se pusieron en marcha contra la fiera. Fué descubierta y perseguida largo tiempo, pero no se pudo mas que herirla, y consiguió todavía esta vez salvarse con la fuga. No habiendo tenido otra caza general, tan numerosa como esta, mas éxito, el rey hizo marchar para la Auvernia un gentil hombre normando que había encanecido en la caza de los lobos, y de quien se decía que la Normandía y algunas provincias limítrofes le debían la destrucción y aniquilamiento de mas de mil doscientos de aquellos animales.

Al mismo tiempo que la nueva recompensa prometida por el rey, la esperanza de adquirir una especie de celebridad esterminando un monstruo tan conocido de casi toda la Europa por sus estragos, y tambien el motivo mas noble y mas generoso de ser útil á la humanidad, atrajeron al Gevaudan una multitud de cazadores de Languedoc, del Belfinado, del Vivarés, del Condado y de la Provenza. La llegada del gentil hombre normando, y la fama de su reputación, hicieron que el número de aquellos cazadores se aumentase todavía.

«Tal, dice nuestro manuscrito, se vió en otras edades, en los tiempos heroicos al jabali de Erimanto, interesar en su destrucción la flor reunida de los cazadores de la Grecia.»

Sea de esto lo que fuere, todas las cacerías, todas las batidas que se hicieron no libertaron al Gevaudan de su cruel enemigo. Muchas veces fué herido gravemente, pero siempre se escapó. La esperanza que se había concebido de que podría morir de sus heridas, no se realizó, como no tardaron en probarlo sus nuevos estragos: llegó á imaginarse, tan frecuentes eran los desgracias, que existían tal vez en la comarca muchos monstruos de la misma especie. El partido que se tomó de envenguar el cadáver de las víctimas, con la idea de que volvería á hacer presa en ella, no tuvo mas resultado que los malos empleados hasta entonces. Fácil es pintarse la dolorosa situación de los habitantes de las campos: después de cuarenta cacerías generales de diez, veinte, treinta, cuarenta, y hasta cien parroquias congregadas durante seis meses, de una cantidad considerable de otras batidas particulares, que todas habían salido mal á pesar del talento, la experiencia y la habilidad de los cazadores, el fin de los males de aquel país parecía mas remoto que nunca. Tantos vanos esfuerzos, tantas inútiles fatigas habían agolado la paciencia de todo el mundo. Cansados y disgustados de una caza tan penosa y tan infructuosa, los cazadores de las provincias inmediatas habían abandonado la partida, y habían la mayor parte viétose á sus casas.

En estas circunstancias, no queriendo el rey abandonar el Gevaudan á su desgracia, determinó enviar allí á Mr. Antonio, caballero de San Luis, teniente de sus cazadores, y su porta-arcabuz, con un destacamento elegido entre los guarda-bosques de sus posesiones de Versailles y de San German, y que fuesen acompañados de los perros de su lobetería. Los duques de Orleans y de Pealievre, y el príncipe de Condé se apresuraron á secundar las miras del rey, uniéndolo mas escogido de sus guardas á los de S. M.

Llegó esta nueva tropa de cazadores al Gevaudan hacia la mitad del mes de junio de 1765. Tomáronse las disposiciones mas hábiles por aquellos hombres de una experiencia consumada; las cacerías y las batidas volvieron á comenzar con no concierto que prometía esperar que los pasos de la fiera serian descubiertos, y que el terreno en que ella viviese seria atacado sin

tardanza. Sin embargo, á pesar de las incansables persecuciones en todos sentidos, todavía escapó muchos meses, durante los cuales atacó como de ordinario á niños y á mugeres, de las que una se defendió victoriosamente dándole un golpe con una bayoneta que tenía en la punta de un palo. Diferentes lobos, que sin duda habían contribuido á los destrozos, y que la credulidad pública atribuyó á uno solo, fueron muertos durante este intervalo. Por último, el mas feroz, el que había causado tanta alarma, tocaba tambien al término de su vida.

Informado de que los lobos desolaban los bosques de la Reserva de la abadía real de Chaces en Auvernia, el porta-arcabuz del rey había enviado allí dos guardas seguidos de sus perros, y por el aviso que estos le dieron de que habían visto un lobo muy grande, así como una loba y lobeznos bastante crecidos, se trasladó allí el 20 de setiembre con toda su gente y cuarenta cazadores de las parroquias inmediatas, con los cuales hizo cercar el bosque de la Reserva, mientras que los mozos de los perros y los perros de la lobetería operaban por otra parte. Hablándose colocado él mismo en un parage, vió venir por un sendero aquel gran lobo, que le presentaba el costado derecho y le volvía la cabeza para mirarle. Le tiró inmediatamente un tiro con el arcabuz cargado con cinco tiros de pólvora, treinta y cinco postas de lobo y una bala de calibre; el impulso del tiro le hizo retroceder dos pasos; pero el animal había sido herido en el costado y en el ojo; cayó inmediatamente: se volvió á levantar y marchó sobre el porta-arcabuz, sin darle tiempo de volver á cargar su arma. Pidió somarle un guarda-bosque del duque de Orleans acudió: descargó su arcabuz sobre el lobo, y le hirió con una bala atravesándole el muslo, después de lo cual, habiendo dado todavía algunos pasos, el lobo cayó redondo en el suelo.

Muchos aldeanos de las inmediaciones que habían sido atacados por él, fueron llamados, y lo reconocieron por aquel terrible animal que por tan largo tiempo había tenido en alarma y consternación al país. Se le encontró ademas la señal del bayoneta de que hemos hablado antes. Así no había motivo para dudar de su identidad, y de la libertad en que dejaba la provincia de Gevaudan.

El animal tenía treinta y dos pulgadas de alto después de muerto: tres pies de circunferencia, y cinco pies siete pulgadas de largo, desde la punta del hocico hasta el estremo de la cola. Pesaba ciento treinta libras: su garganta se hallaba guarnecida de cuarenta dientes, diez y ocho en lo alto y veinte y dos en lo bajo. Calcularon los cazadores que podría tener unos ocho años: era, en una palabra, un lobo carnívoro de prodigiosa estatura y de aspecto terrible, como pueden convencerse nuestros lectores contemplando la cabeza que hemos reproducido grabada en el artículo, con una verdad y una energía que causan ilusión.

No terminaríamos nuestra tarea si no diésemos una cuenta exacta del número de los que han sido devorados por la fiera terrible del Gevaudan. Dejando aparte todas las exageraciones que suele haber en semejantes casos, el total de las víctimas era el de cincuenta á cincuenta y cinco individuos. Hay que añadir cerca de veinte y cinco personas, que habiendo sido socorridas á tiempo no tuvieron mas que heridas mas ó menos graves. En estos dos números no figuran mas que las mugeres y los niños que no pasaban de quince años.

EL DIAMANTE Y LA VENGANZA.

(Conclusion).

A decir verdad, Antonio Allot hubiera necesitado un carácter menos débil para poder defenderse del asalto que se le daba. Envidioso, como lo son en general las gentes de pobre espíritu, miraba la fortuna de sus hermanos como un ultrage hecho á su pobreza. Su muger sin pérdida de tiempo corrió en busca de un joyero vecino; éste llegó, y habiendo examinado el soli-

tario manifestó que lo compraba en el precio de sesenta y tres mil setecientos cuarenta y nueve francos, once céntimos, con tal de que los Allut quisiesen tomar á buena cuenta de esta suma una bonita casa de campo que rentaba anualmente dos mil novecientos noventa francos, y que estaba dispuesto á cederles por cincuenta mil.

Esto era maravilloso, porque en aquel país no se calcula de producto á las tierras mas que un tres, ó un tres y medio por ciento; algunas veces, aunque raras, un cuatro, pero nunca mas del máximo, y con frecuencia menos del mínimo. Para que el joyero propusiese tan ventajosa compra, preciso era que le quedase algun otro beneficio. Los esposos Allut parecían locos de contento, y la mujer sobre todo no podía contenerse; se entregaba á mil estravagancias, y hasta quiso abrazar al abad, que consistió en ello de mil amores para acabar más pronto. Sobre la marcha Antonio Allut confesó que comía á aquellos por quienes se lo preguntaba, y dió sus nombres, aunque en honor á la verdad debemos decir que no lo hizo sin cierto secreto pavor, y acaso se hubiese helado la voz en su garganta á no animarle su mujer. La fatal acusación salió de sus labios, y el abad escribió en su cartera los nombres de Gervasio Chaubard, Guillermo Solari y Gil Loupian.

La sortija fué entregada. Segun lo estipulado pasó á poder del joyero, y cuatro meses después, para desesperacion eterna de los Allut, fué vendida á un negociante tureo en ciento dos mil francos. Esta diferencia causó el asesinato del joyero y la ruina total de los avarientos Allut, que se vieron precisados á huir y vivir desgraciados en Grecia, donde se refugiaron.

Una señora mayor se presentó un día en el café de Loupian, y preguntó por su dueño. Le informó de que su familia era dueña de servicios eminentes á un pobre hombre arruinado por los acontecimientos políticos de 1814, pero tan desinteresado, que no quería recibir ninguna recompensa; descaaba solamente entrar como mozo en cualquier establecimiento, y que se le tratase con alguna consideracion. Ya no era joven, pues parecia tener unos cincuenta años, y finalmente, que para decidir á Loupian á que lo tomase, se le darian cien francos todos los meses sin que lo supiese el mozo.

Acepta Loupian. Un hombre se presenta, bastante feo y mal vestido. La mujer del cafetero lo examina atentamente, creyendo ver en aquel semblante el de una persona conocida; mas confundiendo en el laberinto de sus recuerdos, nada encuentra que confirme su sospecha, y alida esta circunstancia, Chaubard y Solari iban con frecuencia al café.

Un día deja de ir uno de ellos; se extraña su falta, pero pasa otro día y tampoco parece. ¿Qué se habrá hecho? preguntan todos, y Guillermo Solari promete indagar el motivo de su ausencia: vuelve al café á las nueve de la noche, y lleno de horror cuenta que el infeliz Chaubard ha sido atravesado de una puñalada: el arma estaba enclavada en la herida, y en su mango se leían estas palabras: NUMERO DOS.

No escasearon las conjeturas. Dios solamente sabe cuántas se hicieron. La policía removió cielo y tierra, mas el culpable escapó á todas sus pesquisas. Poco tiempo después un soberbio perro de caza propio de Loupian, fué envenenado, y un muchacho declaró haber visto á un parroquiano que daba bizcochos al pobre animal. Este jóven dió las señas del parroquiano, y se averiguó que era un enemigo de Loupian, que por mofarse de él iba al café con frecuencia, donde le tenía á sus órdenes en cierto modo. Se intentó un proceso contra el parricida, pero probó su inocencia justificando una costada. Era conductor supernumerario de postas, y el día del delito llegaba á Straburgo con la correspondencia pública.

Dos semanas después el papagayo favorito de Mad. Loupian sufrió la misma suerte del perro de caza, y fué envenenado con abundras amargas y peregrin. Se hicieron pesquisas, pero todas sin resultado.

Loupian de su primer matrimonio tenía una hija de diez y seis años, y hermosa como un angel. Un elegante caballero lá vé; queda loco

de amor por ella; derrocha sumas fabulosas para ganarse el apoyo de los mozos del establecimiento; la buena de la niña concede num rocas entrevistas al interesante galan, y este concluye por seducirla haciéndose pasar por marqués y millonario. La jóven no se aperete de su imprudencia hasta que ya es imposible ocultarla á los demas. Entonces confiesa su debilidad á la familia; irreparable desgracia. Se le habla al caballero: este bendice su fortuna que le hace padre; consiente en el matrimonio; muestra títulos de nobleza y de llacas, y la alegría renace entre los Loupian. Se hace el casamiento, y el esposo, que quiere la boda espléndida, mandó prevenir una comida de ciento cincuenta cubiertos en el *Cadran-Bien*.

Á la hora indicada los convidados llegan, pero el marqués no parece. Una carta viene en su lugar, anunciando que por orden del rey ha ido el marqués á palacio; se excusa por su falta, y suplica que se coma sin esperarle, y á las diez volverá al lado de su esposa. Se come, pues, pero sin el *amable yerno*. Mal humor de la recién casada, á quien todos felicitan por la posición honrosa de su marido. Á los postres un mozo pone una carta sobre la silla de cada convidado. Se sabe que el marido es un galote desentor, y que ha emprendido la fuga.

La consternacion de los Loupian es horrorosa, y no ven nada claro en su desdicha.

Cuatro dias después, un domingo, mientras toda la familia se distraia en el campo, se prende fuego al pabellon inmediato al café por nuevos sitios diferentes. Algunos miserables acuden, y se presteo de prestar socorro, todos lo roban, lo destruyen, lo devastan: el fuego cubre la casa y la consume. El propietario reclama los perjuicios á Loupian, y este queda arruinado: solo le resta el dote de su esposa. Todos sus valores de dinero constante, muebles, alhajas y surtido del establecimiento, fueron destruidos o robados.

Como consecuencia inmediata, los Loupian quedan abandonados de todos sus amigos: uno solo les resta fiel, el viejo sirviente Próspero. Este no les abandona, y les servirá sin interés, contentándose con compartir el pan de sus amos. Se le admira, se le considera, y un nuevo, pero humilde café se establece en la calle de San Antonio.

Sábase que un día, al entrar Solari en su casa, siente dolores atroces. Se llamó un médico, declaró que estaba envenenado, y á pesar de los recursos de la ciencia, el infeliz espiró en medio de horribles convulsiones. Doce horas después, cuando segun costumbre se colocó al feretro en la puerta de entrada de la casa en que vivia Solari, se encontró en el fúnebre paño que le cubria un papel con estas dos emiestras palabras escritas con caracteres de imprenta: NUMERO DOS.

Ademas de la hija, cuyo destino habia sido tan adverso, Loupian tenía un hijo. Este jóven, acompañado de malos amigos, seducido por mujeres publicas, luchó al principio, y acabó por entregarse al libertinage. Una noche sus camaradas proyectaron una broma: era preciso forzar la puerta de un almacen de bebidas, tomar doce botellas, beberlas y pagarlas al día siguiente. Eugenio Loupian, ya medio borracho, aplaudió tan feliz idea; pero en el momento en que la puerta forzada abre paso á los alegres calaveras, y cada uno por su parte va á tomar dos botellas, entra la policía, ya advertida por un falso compañero; los seis criminales, ó cuando menos imprudentes, son arrestados, y se les encasa por robo de noche y con fractura de puertas. La piedad del rey salvó de la infamia al jóven á pesar de los esfuerzos increíbles, dinero y seducciones puestos en juego para mantener inflexible la clemencia del soberano. El hijo de Loupian tuvo que sufrir veinte años de prisión.

Esta catástrofe echó el sello á la ruina é infortunio de los Loupian. La *hermosa y rica Margarita* murió de pena sin dejar descendencia; fué preciso, por lo tanto, devolver el dote. El misero Loupian y su hija quedaron sin recurso alguno: el *honrado Próspero*, que tenia algunos ahorros, los ofreció á la jóven; pero como precio de este servicio, le impuso las mas odiosas condiciones. Con la esperanza de salvar á su pa-

dre de la miseria en que yacia, aceptó el oprobio de un concubinato, que hizo descender á la desgraciada al último grado del envilecimiento.

Loupian no existia apenas; las desgracias habian trastornado su razon. Una tarde, estando paseando por una calle solitaria del jardín de las Tullerías, un hombre enmascarado le detuvo.

—Loupian, le dijo, ¿te acuerdas del año 1807?

—¿Por qué?

—¿Sabes el crimen que cometiste en aquella época?

—¿Un crimen?

—Un crimen infame. Por envidia hiciste entrar en un calabozo á tu amigo Picand. ¿Te acuerdas?

—¡Ah! Dios me castiga cruelmente.

—No, Picand mismo. El, que para realizar su venganza, dió de puñaladas á Chaubard en el puente de las Artes, envenenó á Solari, dió á tu hija un forzado por marido, y condujo la trama en que tu hijo cayó. Su mano mató á tu perro, y al papagayo de tu mujer, incendió tu casa y lanzó en ella los ladrones. El es, en fin, quien hizo á tu mujer morir de dolor, él de quien tu hija ha llegado á ser la concubina. Sí, reconoce en tu sirviente Próspero á Picand, pero sea en el momento en que coloque su *NUMERO DOS*.

Dijo, y de una puñalada dirigida con mano certera al corazon de su victima, Loupian cayó muerto, habiendo podido apenas exhalar un débil gemido. Satisfecho este último acto de venganza, Picand se dispuso á salir de las Tullerías, pero en el momento de emprender la fuga, una mano férrea le asió del cuello y le arrojó por tierra cerca del cadáver. Aprovechándose de la sorpresa, el desconocido le ató pies y manos, le sujetó fuertemente, le puso una mordaza, le envolvió en su misma capa, y colocándole sobre un hombre huyó con precipitacion.

Imposible es de explicar la ira y la estrañeza de Picand al verse atado y conducido de aquella manera. Seguramente no habia caido en poder de la policía. Un gendarme ni hubiera estado solo, ni hubiera tomado precauciones tan extraordinarias. Una simple voz hubiera bastado para que llegasen centinelas colocados al efecto. ¿Era aquel hombre un ladrón? Acaso, pero un ladrón muy singular. ¿Seria alguna broma? De todos modos habia caido en una emboscada. Esto solamente era lo que veia claro el asesino Picand.

Cuando el hombre que le conducia se detuvo, juzgó Picand que llevarian de camino una media hora. Envolto en la capa no habia podido observar los lugares por donde atravesaban. Cuando al fin se le desembarazó de sus ligaduras, se encontró acosado sobre un gergon de paja. El aire que respiraba era denso y pesado. Creyó reconocer una cueva subterránea, construída segun todas las apariencias en un camino abandonado. Estaba sinneblado en parte, y tenía un fogon á la prusiana que conducia el humo por conductos superiores: un candil de cocina alumbraba débilmente la sombría estancia, y de pie, delante de Picand, con aire torvo y los brazos cruzados, estaba el hombre que le habia conducido á aquella mazmorra.

La oscuridad casi completa de la estancia, la agitación muy natural en que se encontraba Picand, el cambio operado sobre las facciones del personaje misterioso por diez años de miseria y desesperacion, no permitieron al asesino de Loupian reconocer á la persona que se le aparecia como un fantasma. La examinaba con un profundo silencio, esperando con avidez una palabra, cualquiera que fuese, que rasgando aquel velo siniestro le explicara cuál podria ser su suerte futura. Diez minutos trascurieron, diez siglos de una cruel ansiedad, sin que ninguno de los dos abriese sus labios.

—Ahora bien, Picand, exclamó el desconocido. ¿Por qué nombre debo llamarte? desalmado, ¿llevas el de tu padre, ó el que elegiste al salir de Fenestrolles? ¿Eres el abad Baldini, ó el mozo del café Próspero? ¿Tu fecunda invencion no te ha sugerido otro? Para tí sin duda la venganza no es otra cosa que un pasatiempo... Pero no, es una monomania furiosa, de la que tú mismo tendrías horror si no le hubieses vendido el alma al diablo. Has consagrado los diez últimos años de tu vida á perseguir tres miserables á

quienes debiste perdonar. Has cometido crímenes horribles: te has perdido para siempre y me has arrastrado al abismo.

—¿A tí ¡A tí! ¿quién eres?

—Soy tu cómplice: un malvado, que por oro he vendido la vida de mis amigos. La codicia que encendiste en mi alma no ha podido extinguirse. La sed de riquezas me ha hecho feroz y criminal. Maté al que me engañó: me vi precisado á huir con mi mujer; ella murió en el desierto, y yo preso, juzgado, condenado á galeras, he sufrido la pena y la infamia de la marca. En fin, me he desertado, y lleno de odio á mi turno, he querido accebrar y castigar al abad Baldiul, que tan bien acecha y castiga á los suyos. Corri en su busca á Nápoles... no se le conocía. Busqué la tumba de Picaud, y supe que Picaud no había muerto. El secreto de cómo lo he sabido, ni tú, ni el mismo confesor me lo arrebataréis nunca. Desde entonces me puse en persecución de eso pretendido muerto; pero cuando le encontré, dos asesinatos había cometido su venganza: los hijos de Loupian estaban perdidos, y su casa quemada, su fortuna destruida. Esta tarde iba á acercarme á ese desgraciado, á revelárselo todo, pero aun esta vez llegaste antes que yo; el diablo te ha dado la ventaja y Loupian ha sucumbido á tus golpes antes que Dios que me guiaba me hubiera interpuesto entre el sacrificador y su última víctima. ¿Qué importa? Al fin te tengo en mi poder, y voy á devolverte todo el mal que me has causado. Voy á probarle que las gentes de nuestro país tienen la mano tan buena como la memoria. Yo soy Antonio Allut.

Picaud no respondió una palabra: su alma experimentaba una multitud de desconocidas sensaciones. Sostenido hasta este momento por la embriaguez vertiginosa de la venganza, había olvidado en cierto modo sus fabulosas riquezas y todos los placeres que de ellas podía esperar; pero ahora su venganza estaba satisfecha; ahora debía acariciar la idea de vivir como los poderosos, y ahora estaba en poder de un hombre tan implacable como lo había sido él mismo. Estas reflexiones cruzaron con rapidez por su imaginación, y un movimiento de rabia le hizo morder convulsivamente la almohada que Antonio Allut le ofreció con trémula piedad.

—Sin embargo, pensaba, rico como soy, ¿no puedo con pomposas ofertas, y aun caso preciso haciendo un sacrificio, desembarazarme de mi enemigo? He dado cincuenta mil francos por saber el nombre de mis víctimas, ¿no puedo dar otro tanto ó el doble por salir del peligro en que me encuentro?

Pero Dios permitió que la tupidia venda de la avaricia cegase la lucidez de aquella razón.

Este hombre, poseedor cuando menos de seis millones, se asombró de tener que afrontar la suma que se le pidiese. El amor al oro sofocó los gritos de su carne. El oro llegó á ser su carne misma, su sangre, su existencia. ¡Oh! dijo en lo más oculto de su alma; acaso cuanto más pobre me haga, más pronto saldré de esta prisión. Nadie sabe lo que poseo; dejámos que esten en la mendicidad, y me dejará libre por algunos escudos. Una vez fuera de sus manos, tardará muy poco en caer en las mias.

Esto era lo que Picaud pensaba: de esta manera absurda dominó sus terrores, y animó su esperanza. Allut le volvió la libertad de la palabra.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—¿Qué te importa? Estás en un sitio en que no debes esperar ni piedad ni socorro; eres mío... mío, ¿lo entiendes? Y esclavo de mi voluntad y mi capricho.

Picaud sonrió con desprecio, y su antiguo amigo se calló. Le dejó acostado sobre el miserable lecho sin desatarte, pues como hemos dicho, tuvo por suficiente quitarle la mordaza. Para aumentar la fuerza de los gritos que resonaban al prisionero, Allut le pasó alrededor de los riñones un doble cinturón de hierro sujeto por una cadena á tres colosales anillos enclavados en el muro de la cueva. Hecha esta, Allut se puso á cenar, y como Picaud vio que no le ofrecía nada de lo que estaba comiendo:

—Tengo hambre, le dijo.

—¿Cuánto quieres pagar por el pan y el agua que te dé?

—No tengo dinero.

—Tienes más de seis millones, replicó Allut tranquilamente, y dió á Picaud tan verdaderas noticias acerca del depósito de sus fondos en los bancos de Inglaterra, Alemania, Italia y Francia, que el avaro se sintió estremecer hasta en lo más íntimo de su alma.

—¿Sueñas!

—Sueña á tu vez que comes.

Allut salió y estuvo ausente toda la noche. A eso de las ocho de la mañana volvió y almorzó. La vista de los alimentos redobló en Picaud la tortura del hambre.

—Dame de comer, dijo.

—¿Cuánto pagarás por el pan y el agua que te dé?

—Nada.

—Bien: veremos cuál de los dos se cansa primero.

Y se marchó otra vez.

Tres horas después del medio día estaba de vuelta. Hacía veinte y ocho que Picaud no tomaba ningún alimento; imploró la piedad de su carcelero, y le propuso darle veinte sueldos por una libra de pan.

—Escucha, dijo Allut, estas son mis condiciones. Te daré de comer dos veces al día, y por cada una me darás veinte mil francos.

Picaud bramaba; se agitó sobre su lecho. Allut quedó impassible.

—Es mi última determinación, elige y no pierdas el tiempo. No has tenido piedad para los amigos, no esperes de mi misericordia. El miserable prisionero sufrió toda la noche y el día siguiente los horribles dolores del hambre: sus sufrimientos fueron tales, que se le declaró el *tétano* como si sus nervios hubieran sido desgarrados: su cabeza se desconcertó, y el rayo de inteligencia divina que le animaba, fué oscurecido por el sublevamiento de pasiones estruendosas y desordenadas. El implacable Allut no tardó mucho en comprender que aquel tormento era excesivo para un cuerpo humano. Su antiguo amigo no estaba ya capaz de discernir; era una máquina inerte, sensible todavía al dolor físico, pero impotente para combatirlo y menos dominarle: era imposible arrancarle una sola palabra.

Allut se desesperaba pensando que si Picaud moría, no le restaba medio alguno de hacerse dueño de la inmensa fortuna de su víctima. He rabia se castigó á sí mismo; mas sorprendiendo una sonrisa diabólica en la faz livida de Picaud, se precipitó sobre él como un león, le mordió, le saltó los ojos con la punta de un cuchillo, le rasgó el vientre, y huyendo de aquel sitio donde solo dejaba un cadáver, abandonó á París y pasó á Inglaterra.

Enfermo de muerte en 1828, se confesó con un sacerdote católico francés, y detestando sus faltas, el mismo dictó al eclesiástico todos los detalles de esta historia horrorosa, que firmó en todas sus páginas.

Allut murió reconciliado con Dios, y fué sepultado cristianamente.

Después de su muerte, el abad P. . remitió á la policía de París el precioso documento en que se encontraban consignados los sucesos extraños que se acababan de leer, y lo acompañó con la siguiente carta:

«Señor prefecto:

«He tenido la dicha de despertar el arrepentimiento en un hombre evidentemente culpable. El creyó, y yo pensé lo mismo, que sería útil poner en vuestro conocimiento una serie de sucesos abominables en los que aquel desgraciado fué agente y paciente á la vez. Siguiendo las indicaciones hechas en la nota adjunta á este pliego, se encontrará la cueva subterránea donde deben estar todavía los restos del miserable y desgraciado Picaud, triste víctima de sus pasiones y de su odio. Dios perdona; los hombres en su orgullo quieren hacer más que Dios; siguen la venganza, y la venganza los precipita.

«Antonio Allut ha procurado en vano indagar dónde y cómo están impuestos los capitales de su víctima. Penetró secretamente en la morada de esta, ningún asiento, título ni dinero pudo encontrar. Adjuntas son indicaciones y señas de las dos casas que bajo sus dos nombres supuestos habitó Picaud en París.

«Hasta en el lecho de muerte rehusó Auto-

mo Allut darme á conocer el conducto por donde tuvo conocimiento de los hechos relatados en su memoria, y quien le había instruido de los crímenes y la fortuna de Picaud. Solamente, y una hora antes de espirar, me dijo: *Padre mio, ninguna fe humana puede ser más ardiente que la mía, porque yo he visto y oído hablar un alma separada de su cuerpo.*

«Nada en aquel momento anunciaba el delirio en Allut; acababa de hacer devotamente su profesión de fe. Los hombres del siglo son presuntuosos; en su ignorancia, la obstinación en no creer les parece sabiduría. Las vias de Dios son infinitas. Adóremos y respetemos sus designios.

«Tengo el honor de ser, etc., etc.»

MISCELANEA.

PREGUNTA DIESTRA.—Una señora habiendo pedido audiencia á Juan III, rey de Portugal, y habiéndola obtenido le dijo:

—Señor, ¿hubiera perdonado V. M. á mi marido si me hubiese sorprendido en adulterio y me hubiese muerto?

A lo que el rey le respondió, que en este caso hubiera perdonado á su marido.

—Todo va bien, señor, porque habiendo sabido que mi marido se hallaba con otra en una de mis casas de campo, he ido con dos de mis esclavos, á quienes he prometido la libertad si me ayudaban en mi empresa, y después de haber abierto poco á poco la puerta y sorprendidos, he muerto los dos amantes de una sola puñalada: os pido, señor, el mismo perdón que no hubierais rehusado á mi marido si yo hubiese sido convencida del mismo crimen.

Asombrado el rey de la resolución de aquella señora, la perdonó.

LOS GEMELOS Y EL BARBERO.—Dos hermanos gemelos de una perfecta semejanza, quisieron divertirse un día á costa de un barbero que no los conocía. Envió uno de ellos á buscar al barbero para hacerse afeitar; escondióse el otro en un cuarto al lado. Aquel á quien hacían la operación, á media barba se levantó bajo pretexto de que tenía una cosa que hacer. Fué al cuarto de su hermano, á quien dió jabón en la cara, le puso la toalla al cuello y le envió en su lugar. El barbero, viendo al que creía haber afeitado medio cara entrar con la barba entera, quedó muy sorprendido.

—¿Cómo! dijo, le ha crecido á vd. la barba en un momento, nunca me la sucedida otra cosa igual.

El gemelo, afectando una gran seriedad, le dijo:

—¿Qué me está vd. contando?

El barbero, tomando la palabra, le replicó largamente lo que había hecho: que le había afeitado media cara, y no comprendía cómo aquella barba afeitada había vuelto tan de pronto. El gemelo le dijo bruscamente:

—Cumpla vd. con su obligación, y pronto.

—Señor, dijo el barbero, me dejaría hacer pedazos: es preciso que yo esté loco ó borracho, ó que aquí haya magia. Concluyó haciendo su operación, comentando el extraño suceso.

Terminada la barba, el que estaba afeitado enteramente fué á buscar al que lo estaba en mitad, que se hallaba escondido, y lo sustituyó en su lugar. Este tenía su toalla y paño al cuello.

—Vamos, dijo al barbero, acabe vd. su tarea.

El barbero estuvo á punto de desmayarse; no le quedó duda de que allí había magia, y se quedó sin fuerza aun para hablar. Sin embargo, le apremió tanto el encantador, que le fué forzoso terminar su obra. Pero fué á contar por todas partes que acababa de afeitar á un brujo que hacía crecer su barba en el momento mismo de afeitarla.